

JOSE ANTONIO MARAVALL

«Recuerde, Maravall —escribía D. José Ortega y Gasset en la dedicatoria de uno de sus libros a aquél— que si la vida es un resorte que se dispara, antes es un resorte que se contrae». Siempre he

pensado que José Antonio Maravall, vital e intelectualmente, ha hecho honor a esa hermosa andadura que aconsejaba Ortega. Han pasado ya casi veinte años desde que, al ingresar en la Universidad, en

la Facultad de Ciencias Políticas, tuve la suerte de conocerle como alumna y también personalmente al ser amiga de sus hijos. Pertenecía Maravall a ese pequeño grupo de profesores «míticos» que los estudiantes respetaban por su saber y talante liberal y temían por la seriedad de sus clases y exámenes. «Ideas» con Díez del Corral y «Pensamiento» con Maravall eran como dos ritos de pasaje que todo estudiante de Políticas atravesaba con la inseguridad y el esfuerzo propios del caso, pero que proporcionaban también, posteriormente, la confianza que dan los ritos. A través de todos estos años, desde aquella Universidad de mediados de los sesenta a la que tenemos actualmente, Maravall ha permanecido siempre, como intelectual y como universitario, perfectamente atento a las transformaciones del país y del sentir de los más jóvenes, al tiempo que, sin dejarse llevar nunca por desencantos, ha proseguido una obra docente e investigadora que le han convertido en referencia obligada en todas las Universidades del mundo donde se estudia el pensamiento español. Universitario dedicado a su profesión —como él mismo gusta definirse—, trabajador infatigable, Maravall es autor de más de una veintena de libros de fuerte impacto en la inteligencia europea, como recordaba no hace mucho el Presidente de la Universidad de Toulouse al imponerle las insignias de doctor honoris causa de la Universidad francesa, amén de un sinnúmero de artículos especializados y estudios monográficos que abarcan desde temas medievales a aspectos y corrientes del pensamiento desde los siglos XVI

al XX. Particularmente, sus libros sobre el Barroco, el Renacimiento, el Estado Moderno, la Celestina, las Comunidades de Castilla, los estudios sobre el teatro y la literatura y sobre el poder y las élites en el siglo XVII, han dotado a la historia del pensamiento político español de nuevas perspectivas metodológicas y de contenidos y enfoques nuevos y originales. Académico de la Historia, catedrático de la Complutense, catedrático asociado de varias Universidades europeas y americanas, presidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas, la relación de sus méritos, distinciones académicas y publicaciones haría interminables estas páginas. Pero Maravall no es sólo —con ser mucho— un sabio historiador, un intelectual respetado y querido, sino una persona humanamente entrañable y cercana a los demás con el paso de los años, uno de esos profesores y amigos que ha crecido con el tiempo en sabiduría, en bondad, en comprensión, y que ha triunfado en el «difícil arte de vivir» creando, junto con su mujer, M.^a Teresa, un entorno armonioso que parece confirmar la fuerte creencia que este «humanista moderno» —como alguien dijo de él— tiene en el poder de creación de los hombres.

—Hay que empezar por confesar que esto, más que una entrevista, cosa de la que yo no tengo práctica alguna, es una charla amistosa o más bien un pretexto amistoso para que, a través de mis preguntas, otras personas conozcan algo más del hombre y del historiador Maravall, aspectos que forzosamente no pueden estar en los libros, no pueden entresacarse de esa es-

tupenda obra que has realizado a lo largo de tantos años de trabajo y que ha ido desbrozando la historia del pensamiento español. Y mi primera pregunta, casi de precalentamiento, sería que nos contases cómo comenzó tu interés por la Historia, cómo te hiciste historiador. Porque tú provenías de Derecho, ¿verdad?

—Sí; para mí el interés por la Historia creo que es un interés vivo, pero no por una especie de gusto erudito. En este momento tenemos un gusto en materia de arte, en materia de música, en materia profesional, más o menos de tipo erudito, de saber por saber, pero independiente de nuestra realización personal. Para mí la Historia va ligada a mi realización de español. Quizá ello se debe a que soy valenciano, lo he sido siempre y lo soy hasta el fondo del alma. Y, al mismo tiempo, mi gratitud por Castilla y porque mi formación castellana es una formación más entrañable, más profunda. Esto me ha hecho interiorizar siempre en los temas españoles y en los conflictos y tensiones españolas de una manera muy sincera. Así que mi interés por la Historia está unido realmente a mi propio desarrollo.

En fin, desde muy pronto para mí fue una materia de gran interés la Historia. Pero, viviendo en un pueblo, un pueblo abierto, un pueblo, dentro de los españoles, de lo más vivo que se podía encontrar en aquel momento, como era Játiva, la presión familiar, o más bien el condicionamiento, me llevaron a hacer Derecho. Entonces en un pequeño pueblo no se entendía aquello de hacer Filosofía y Letras o alguna cosa así. Se hacía uno médico, se hacía abogado, se

hacía ingeniero. Y, por una serie de razones, acordaron que lo que yo debía hacer era Derecho.

Bueno, empecé a hacer Derecho. No era mal estudiante, para ser sincero. Opté por la Universidad de Murcia, porque podía tanto ir a la de Valencia como a la de Murcia, pero opté por la de Murcia porque el invierno último de mi Bachillerato en un Colegio de Játiva dio la casualidad de que un Centro, que debía ser algo así como de Juventud Católica o Centro Cultural, organizó unas Conferencias y vinieron unos Catedráticos de Valencia que me produjeron un asombro tremendo y una desilusión inmensa. Cómo es posible que la Universidad sea esto, ¿verdad? Y claro, yo no quería ir a la Universidad y encontrarme con esto. Debo decir que yo fui un poco prematuro, es decir, que he tenido siempre amigos, en general y sobre todo en mi juventud, bastante mayores que yo. Incluso en aquellos momentos de los 16 ó 17 años, mis amigos tenían 23 ó 24, y estaban terminando casi la carrera. Y yo leía cosas que leían ellos y salía con ellos, o con chicas que también me gustaban mucho. El caso es que un amigo médico, mejor dicho que estaba estudiando la carrera de Medicina, me dijo: «Pues mira, Murcia es una Universidad pequeña, donde hay gente —profesores— muy jóvenes, que vienen del extranjero y que son estupendos». Y efectivamente, era una joven promoción, de las jóvenes promociones de profesores que venían todos de haber estado con becas fuera, de la Junta de Ampliación de estudios, y tenía un excelente profesorado. Y allí yo tuve, por ejemplo, a Jorge Guillén, a Caye-

tano Alcázar, a Gabriel Franco —que fue Ministro con Azaña—, a Teodoro González —que fue Director de la Revista Política del Partido de Sánchez Román y Asesor personal político de Sánchez Román en materia de Ciencia Política.

Pero yo tampoco permanecí allí. Estaba algunos días y volvía a casa. Seguía en casa porque era difícil costearse una estancia permanente en Murcia; entonces el primer año de Derecho era el primero de Letras. La Historia de España me la tragué, me la había leído, me la había estudiado y me la había aprendido, pues tenía muy buena memoria, en quince días prácticamente. De la Historia de la Literatura, de Jorge Guillén, tenía como texto, porque no podía tener otra cosa, el *Hurtado y Palencia*, con su infinita erudición de fechas, títulos, autores y demás, y su poco contenido, que eso era, en cambio, lo que yo tenía a veces la suerte de escucharle al propio Guillén; y luego tenía la Gramática Histórica, de Menéndez Pidal, pero a los que íbamos a hacer Derecho no nos la exigían y, en cambio, sí nos exigían tres o cuatro lecturas: El Lazarillo, el Poema del Mío Cid, las obras de Góngora, El Buscón, el Guzmán de Alfarache. Luego ya continué en Madrid.

—Además de tu interés por la Historia, en esos primeros años en Madrid, creo que tuviste serias inclinaciones literarias de tipo vanguardista, ¿no? ¿Con quién y cómo enlazaste en la Universidad con los grupos literarios de vanguardia? Concretamente, ¿cómo conociste a los miembros de la llamada generación del 27?

—Sí, sí. Vine aquí y, entonces, seguí con el mismo interés por seguir leyendo cosas de Historia, pero por otro lado me interesó mucho la literatura. Tuve unos años literarios de hacer versos y publicar versos en revistas de vanguardia. Hicimos la vanguardia dentro mismo de la Universidad, cosa que hasta entonces siempre había sido un movimiento de fuera...

—Llegásteis a tener una publicación, ¿no?

—En efecto, sacamos una revista que se llamaba *Nueva Revista* (es una revista que no se ha estudiado, y merecería la pena, porque yo creo que es la primera revista que hacen unos estudiantes vanguardistas), y en ella conseguimos para cada uno de los seis números que publicamos con nuestro dinero, sin subvención del Decanato ni de nadie, es decir, privándonos de nuestro cine y de nuestra merienda, en La Granja del Henar, pues eran cinco o seis duros los que se podían conseguir, conseguimos valiosas colaboraciones. Colaboró José Bergamín, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Fernando Villalón, colaboró Azorín, es decir, como ves, un repertorio grande; y, desde entonces, data la amistad que hice con todos ellos y mi relación estrechamente amistosa con algunos como, por ejemplo, Salinas, que pertenecía al grupo de profesores que se incorporaron a este vanguardismo. Al mismo tiempo se produjo la efervescencia política en el país por la lucha final —digamos— contra Primo de Rivera, y ya, concretamente el último año de la carrera entré en la FUE y me dediqué mucho a esto. Y eso del interés político se re-

fleja ya en esa revista que hicimos y luego se acentuó más, hasta que terminé la carrera. Al terminar la carrera, realmente estaba un poco despistado, no sabía qué hacer, porque a mí lo que me gustaba era sólo una parte de lo que había estudiado. Intenté, para que no se dijera, ver si podría aprobar las oposiciones de Notario, de Registrador, de Juez, o algo así. Me compré varias veces las contestaciones de todas estas cosas y las fui archivando, porque yo lo que quería hacer era una Ciencia Política siempre relacionada con la Historia y con el estudio de la sociedad, que por entonces empezaba a interesarme.

Es curioso que en aquel momento en España —hablo del año 1928, 1929 ó 1930— ya había algunas publicaciones sobre el pensamiento utópico de fuera. Es posible, incluso, que algunas cosas de Ernst Bloch, no recuerdo bien, sean ya de ese momento. Pero en España nadie hacía esto. Y a mí me entró una curiosidad grande, fui a la Biblioteca Nacional y me leí la traducción al francés de *La Ciudad del Sol*, de Campanella. Me leí otra traducción de «La Atlántida», de *La Nueva Atlántida*, de Bacon. Recuerdo, sí, que una vez tuve un amigo que me decía: «¡Qué absurdo eres! ¡Qué cosas más absurdas se te ocurren siempre! ¡Esto no lo habrá leído nadie en siglos!»

—Es curioso, de todas formas, que te interesaras tan temprano por la Utopía.

—Sí, porque a mí siempre me apasionó la capacidad de acción del hombre sobre el entorno. Yo recuerdo la impresión que me produjo cuando leí por entonces, coincidiendo

con el final de la carrera, el libro que acababa de publicar la «Revista de Occidente» de Max Scheler, que yo leí apasionadamente, *El puesto del hombre en el Cosmos*, y donde dice: «Lo más propio del hombre es que es el único ser capaz de decir no a la realidad y tratar de rehacerla, en lugar de no decir nada». Esa frase me llenó de entusiasmo.

—*La paradoja del poder creador de la mentira, del lenguaje dual. Eso que decía alguien de que el hombre es el único mamífero que lleva en las circunvoluciones de su cerebro mundos que no son de este mundo.*

—Sí, eso es. Había también otra cosa que me interesaba que era la Economía. Por eso, cuando terminé la carrera de Derecho mi primera ocurrencia fue, desde luego, incorporarme a la Universidad y al año siguiente fui nombrado ayudante, y solicité —y lo conseguí— a pesar de que no había hecho la carrera con él; pero gracias al informe de Gabriel Franco, de Joaquín Garrigues y de otros amigos, que me hiciera ayudante Flores de Lemus. Y luego, cuando ya al año siguiente, o al otro, vino a Madrid el que luego habría de ser, también, Ministro de Hacienda con Azaña, Viñuales, como las dos cátedras estaban en relación, pues los ayudantes eran de uno y de otro; yo tanto estuve con uno como con otro.

—*Fue en esa época también cuando escribías en El Sol y conociste a D. José Ortega y Gasset, ¿no? ¿Te vinculaste entonces a Revista de Occidente?*

—Pues sí. Es una anécdota muy curiosa. Llevado, de un lado, por mi interés político, literario, filosófico, yo que

había empezado a escribir y que había publicado unos artículos en *El Sol* espontáneamente, en fin, y que seguí durante dos años escribiendo en *El Sol* con bastante asiduidad y que además había empezado a escribir, mejor dicho, que había escrito ya, en otras muchas revistas de jóvenes, no conocía, sin embargo, a Ortega. Y un día María Zambrano me animó a que abordara directamente a Ortega, y he contado a veces ya a mi manera estas cosas, porque, vamos, son tan bonitas que alguna otra vez ya lo he repetido.

Un día iba por San Bernardo, por un pabellón lateral, que era donde se daban las clases, en general, de Letras de la Sección de Filosofía, que le llamábamos el Pabellón Valdecilla; pues subía yo por las escaleras, porque estaba allí la Biblioteca de Ciencias Políticas, de las materias de Derecho Político, la Biblioteca que, con un eco positivista muy bonito, se llamaba «Laboratorio» —vamos, no estaba allí, pero se iba por allí—, el Museo Laboratorio Ureña y el Seminario —también en la pequeña Biblioteca— que llevaba el nombre de Adolfo Posada, que estuvo allí de Decano muchos años. Bueno, el caso es que subía por allí y en ese momento bajaba Ortega. Entonces, en medio de la escalera le paré y le dije: «Don José, no sé si usted habrá reparado en mí, porque vengo siguiendo su curso, y si fuera posible y en un momento dado, cuando a usted le venga bien, pues me gustaría charlar unos instantes y algún momento con usted». Entonces él me miró, así, parecía una mirada de interés, amistosa, y me dijo: «¿Cómo se llama usted?». Y yo le dije: «Me llamo

José Antonio Maravall». Y entonces, con gran estupefacción mía, me dice Ortega: «Oiga usted, Maravall, y usted, ¿por qué escribe en *El Sol*?». Yo me quedé verdaderamente impresionado de que Ortega —hay que ver lo que era Ortega entonces, hoy no hay nadie que tenga un peso semejante en el mundo intelectual español y universitario—; vamos, era algo increíble, ¿no?; Yo no esperaba que se hubiera fijado que había un nuevo nombre que aparecía en *El Sol*, y que se llamaba así. Y le conté cómo había empezado a escribir en *El Sol*. «Pues mire usted, porque hace un año estaba terminando la carrera e iba a examinarme de las últimas asignaturas. Tenía Derecho Mercantil, que me gustaba mucho, que estudié con mucho gusto, pero estaba realmente aburrido. Y entonces, una tarde de domingo aparté el Derecho Mercantil y volví a leer un libro que había adquirido poco antes y que acababa de salir. Un libro de poesías de Pedro Salinas, *Seguro azar*. Y al leerlo me puse a escribir unas cuartillas y me salió un artículo, y lo mandé sin conocer a nadie, ni saber nada, se lo mandé al director de *El Sol* para que hiciera con él lo que le pareciera. Y al domingo siguiente lo vi inserto en las páginas literarias. Y desde entonces, pues seguí mandando; luego he mandado otros de carácter político».

—*¿Os pagaban algo por esos artículos?*

—Nada. Y entonces Ortega me dijo: «¡Ah!, bien, bien, está bien. Entonces venga usted a verme mañana, a las 12, a la *Revista de Occidente*».

Me marché al día siguiente a la *Revista de Occidente* y es-

tuvimos casi dos horas hablando, a través de las cuales, sin plantear casi en ningún momento una forma de preguntas y respuestas, en una conversación espontánea y directa, cuando salí me dí cuenta de que este hombre se había enterado de todo lo que podía enterarse de mí, pero de las cosas más increíbles. Es decir, se había interesado por cuál era la situación económica de mis padres, qué tipo de vida había sido mi vida familiar, qué relación tenía yo con ellos —que no podía ser más profunda y más inmediata—, qué lecturas me habían impresionado, por qué tenía yo afición literaria, qué otras cosas había estudiado, qué me había interesado más en la carrera. Vamos, no me hizo preguntas, me impulsó a comentarios sobre profesores que quizá rayaban un poco con la impertinencia si no hubiera sido por la intimidad de aquella conversación, e incluso se interesó muy seriamente sobre el tipo de muchachas que me gustaban y el tipo de muchachas que había frecuentado y con las que había salido; en fin, los flirts que se habían sucedido a través de la no muy larga vida mía.

—*Todo un estudio en profundidad.*

—Salí agradablemente sorprendido. Y entonces, a partir de esto, empecé a escribir en la *Revista de Occidente*. Al terminar Derecho me dediqué un par de años a ir a Cursos de la Facultad de Letras, no de Historia, porque no me interesaba la Historia que se hacía en la Facultad.

—*¿Qué tipo de Historia se daba: la de fechas, batallas, acontecimientos?*

—Se daba Historia Política,

pura Historia Política, más o menos modernizada o más o menos tradicional, muy bajo la influencia de la línea Menéndez-Pelayista, que a mí siempre me ha cargado, pero, sobre todo, no Menéndez-Pelayista en el sentido de lo que hay en éste de ideas, de pensamiento, sino en las fórmulas de patriotismo oficial. No fui a ningún curso de estos de Historia. Pero, en cambio, fui a los Cursos de Ortega, y allí insistentemente fui tres o cuatro años; fui también durante un año al Curso de Zubiri cuando regresó de Alemania por aquel entonces. Asistí a un Curso de Morente. Y a buena parte de un Curso de Gaos. Intenté ver si iba a clase y podía seguir de alguna manera el Curso de Besteiro, pero —claro— era Presidente de las Cortes, y no era posible. Y a esos otros cuatro es a los que fui, sobre todo y muy en especial a los de Ortega.

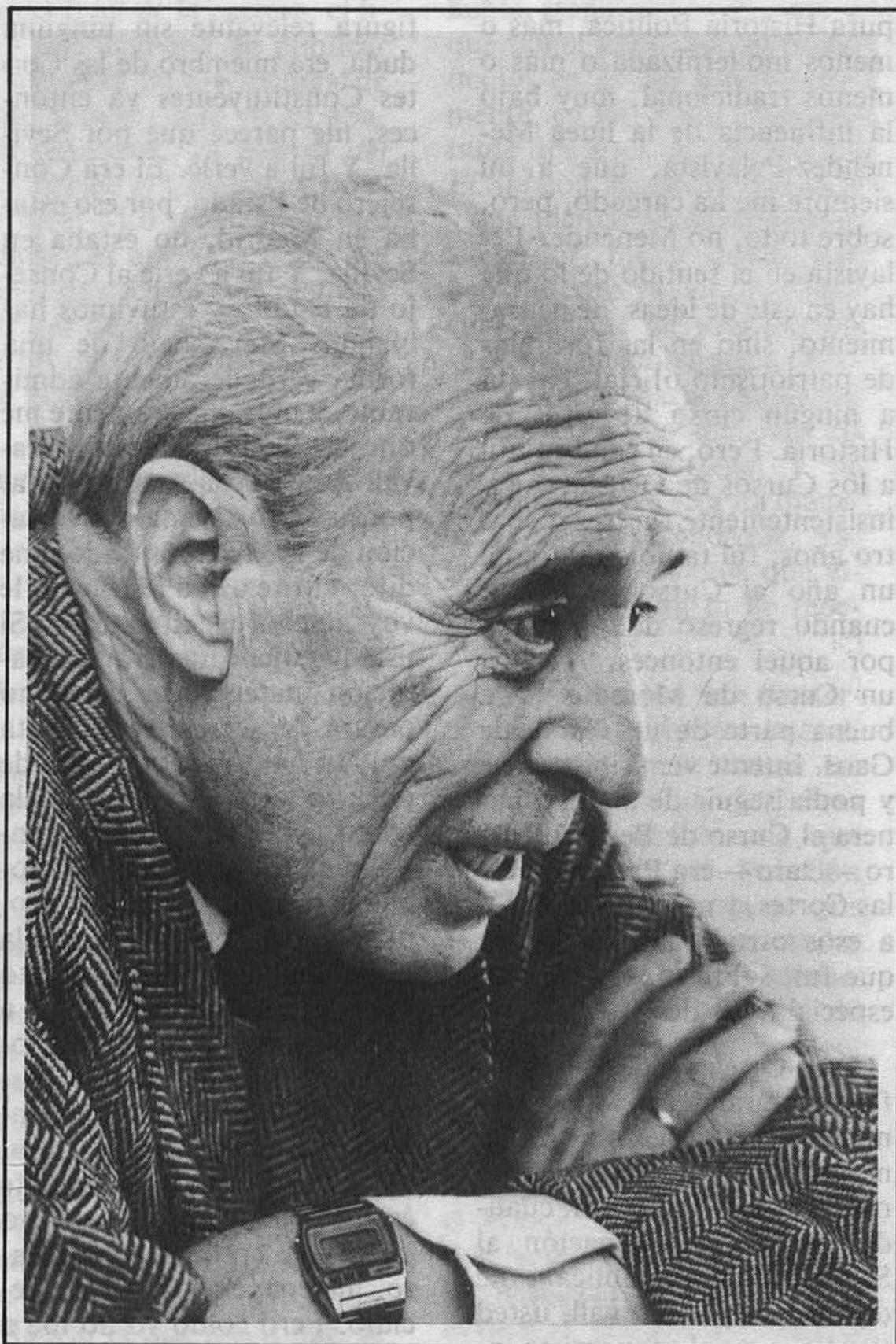
Yo a Ortega le debo una influencia grande, no ya en términos generales, sino de una manera más inmediata sobre mi actividad, porque él, cuando creó la «Agrupación al Servicio de la República», me dijo un día: «Maravall, usted tiene que ser el economista joven del grupo». Y a mí, ya digo, me interesaba mucho la Economía, pero también me asustaba en cierto sentido...

—*¿A quién se refería Ortega con el grupo?*

—Al grupo de Jóvenes al Servicio de la República. Era un grupo que hicimos de la Agrupación de Ortega; ya te lo explicaré porque también es una cosa interesante. Entonces me dijo: «Vaya usted a ver a Carande y póngase usted en relación con él». Carande era de la Agrupación y era la

figura relevante sin ninguna duda, era miembro de las Cortes Constituyentes ya entonces, me parece que por Sevilla. Y fui a verle. El era Consejero de Estado, por eso estaba en Madrid, no estaba en Sevilla. Y fui a verle al Consejo de Estado y estuvimos hablando. Me acogió de una forma verdaderamente admirable, y muy sinceramente me dijo: «Bueno, mire Maravall...» (la cosa es estupenda, porque esto es una conversación de 1932 lo más tarde), me dijo: «Mire usted Maravall, le voy a ser a usted sincero. Si usted no tiene una gran preparación matemática, usted no pasará de ser un economista muy trivial, un economista de poca monta. Como yo no la tengo, yo prácticamente entrego a otras personas relacionadas conmigo lo que es propiamente la enseñanza de la Economía Política en cuanto tal, y sobre todo me dedico a trabajar en Historia Económica. Yo me dedico a la Historia. Ahí tiene usted un campo donde puede hacer cosas». «Pues mire usted, justamente ése es el campo que yo deseo». Y entonces, pues claro, me convenció y ya me decidió. Pero como yo no iba a hacer una carrera de Historia tradicional porque había muchas cosas que yo ni las pensaba estudiar, como la Geografía, Numismática, o toda la parte, digamos, de antigüedades o humanidades, como se decía, sino que buscaba una cosa más científica y más moderna, pues pensé hacer Historia desde la Ciencia Política y relacionada con la Ciencia Económica también.

Me preguntabas por ese Grupo. Cuando Ortega hace la Agrupación al Servicio de la República, hay un momento en que parece que va a gra-



nar como partido nacional y entonces se hace una presentación en Segovia, que organiza Antonio Machado y toma parte en el acto —el famoso discurso de la Opera de aquí, que tuvo gran resonancia—; hay grupos en Valencia, en Murcia, en Sevilla, en fin, en muchos sitios, la historia es conocida. Y entonces a los jóvenes que estábamos con él, cerca de él, nos animó a formar un grupo de jóvenes al servicio de la República, pero nos dijo que «lo que hay que evitar es esa cosa mortecina y

sin interés de las juventudes de partido, porque eso no lleva a nada. Vamos a emplear otra fórmula, ustedes se van a constituir como un Grupo, exclusivamente de jóvenes, y entonces en un momento dado se produce una declaración de nosotros hacia ese Grupo de jóvenes, y ustedes se incorporan como una especie de Sección autónoma dentro de la Agrupación». «¡Ah! Pues muy bien». Y ese Grupo éramos... pues, el nombre más ilustre hoy, sobre todo en estos últimos tiempos, humana-

mente de una calidad maravillosa, exquisita, inolvidable como amiga y en todos los aspectos, era María Zambrano, con la que yo tenía una amistad fraterna. Habíamos hecho juntos una Misión Pedagógica por la Serranía de Ronda, y estuvimos 15 ó 20 días por allí, andando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, y yo prácticamente casi todos los domingos por la tarde los pasaba en casa de María Zambrano con algunos otros amigos. Nos reuníamos allí, y allí iba un poeta que murió, se llamaba Ramón Santeiro, muy inteligente y una gran persona que parecía que iba a hacer mucho, pero... luego, pues, la guerra lo aplastó y murió poco después. Iban otros..., yo creo que han desaparecido todos, menos los que constituimos el Comité Ejecutivo del Grupo. Ese Comité Ejecutivo estaba formado por Alfonso García Valdecasas —que era ya catedrático jovencísimo y era diputado de la Agrupación, pero sacado por los socialistas— y Antonio Garrigues.

Preparamos una especie de manifiesto y un nombre. El nombre lo dio Valdecasas. Hay que ponerse en 1932, porque hoy parece una cosa y entonces era, evidentemente, otra. Se llamaba «Frente Español». Me encargaron a mí que hiciera el manifiesto. Yo hice el manifiesto pero, como me pasa a mí con frecuencia, no tengo una pluma cálida, lo sé muy bien. Y claro, aquello era una losa de hielo, y lo leyeron, se consultó con Ortega, y Ortega consultó con la opinión de los demás, y claro, la mía también, y dijo: «Bueno, esto es un ensayo. Usted lo puede publicar en cualquier parte, si quiere se lo publicamos en la Revista, pero es un

ensayo. En fin, esto, salvo el párrafo final, no llama a nadie, ¿verdad? Es un análisis que usted hace de la situación; me parece aceptable como escrito, en fin, habría que discutirle algunas cosas, eso es cosa suya, pero no es un manifiesto». Entonces dije: «No, no, si yo estoy convencido de ello, y ya dije que no me consideraba adecuado para una función de esta naturaleza». Y, entonces, se hizo otro manifiesto que lo redactó García Valdecasas.

—Eso que dices de la escritura, que es un tema que si quieres después volvemos a tocar, porque tendría que ver con otra pregunta que quisiera hacerte sobre la libido sciendi, pero es curioso porque nunca has tenido problemas de bloqueo, problema de expresión en la escritura, al parecer has escrito desde siempre, ¿no?

—Desde siempre. Siempre ha sido mi manera natural. Así como en cambio me ha resultado siempre mucho más difícil hablar; la conferencia para mí es, y sigue siendo hoy, una prueba; no, una tortura; pero, claro, al cabo de tantos años, y de tantos cientos de clases... Pero quiero decirte que nunca he dado jamás una clase sin llevar no un apunte, sino todo un gran fajo de fichas. Y no solamente eso, sino que nunca —te revelaré este secreto— he dado una clase ni una conferencia sin quedarme todas las horas antes de la mañana o de la tarde repasando todas las notas, porque me ha producido terror pensar que pasara una nota y me encontrara con algo que no me esperaba en ese momento.

—Bueno, pero a mí eso no sólo no me parece un defecto, sino al revés.

—No, si yo no digo como defecto o no, sino como una condición, ¿no?

—Sí, pero ni siquiera tendría que ver con la facilidad o no facilidad verbal, puede tener que ver más con un respeto hacia el oyente, con una cierta inseguridad, sobre todo cuando se empiezan las primeras clases.

—Pero tú fijate, después de tantos años no he conseguido nunca una expresión tranquila y serena. Siempre mi expresión verbal es nerviosa y un poco agitada. Siempre es un tic nervioso hasta el punto de que muchas veces parezco más polémico, o incluso a veces hasta agresivo, cuando lo único que trato es exponer mi punto de vista.

—Es curioso. Yo que he sido alumna tuya no tengo esa impresión.

—¿No? Pues a mí me lo han dicho algunos. Y algunos han hecho referencia a ese nerviosismo que...

—Sí, un nerviosismo, pero que yo siempre lo he atribuido más a un apasionamiento por la cosa, a la propia ansiedad intelectual que provoca el entusiasmo por la cosa en sí.

—Es una manera generosa, propia de ti, de verlo.

—No, no.

—Pero, en cambio, el texto escrito mío no tiene ese nerviosismo, es una expresión mucho más impersonal y más fría. Yo pienso que, quizá, cuando me he puesto a escribir he manejado tantas fichas, he manejado tantos materiales, en fin, me he familiariza-

do tanto con ellos; tengo en realidad dentro de mí una luz sobre ellos, y esa luz sobre ellos es lo que yo trato de reflejar, y claro, para mí no es un problema de salir hacia fuera sino de verter hacia el exterior la presencia que tienen dentro de mí esos elementos; me he hecho miles y miles de notas, miles y miles de fichas.

Quiero decir que cualquier libro mío, el conjunto de mis libros, está en cierta forma programado desde 25 años antes de que los escribo. Hay partes, por ejemplo, en mi libro sobre *Estado moderno y mentalidad social*, de las que tenía hasta un primer esbozo publicado en una revista del año 48 ó 49, y el libro, sin embargo, no sale hasta el año 72. La *Cultura del Barroco*, con su tesis de que el barroco es toda una técnica racionalizada de conducción de una sociedad, está en una nota que publiqué en una revista de los años 41 ó 42, 43 lo más tarde, que se llamaba *Finisterre*, y que se titulaba, título de entonces que fue una especie de desafío y que algunos hasta lo tomaron como un insulto, *Barrocos hacia el abismo*. Quiero decir que el libro *La Cultura del Barroco*, pues no sale hasta 1975. En fin, que son unos treinta o treinta y tantos años de diferencia, y así sucesivamente.

En *Antiguos y Modernos* cuento, en el prólogo, cuándo se me ocurrió la idea del libro, exactamente en un visita a la Catedral de Auxerre, leyendo una monografía donde leí unos documentos en los que los constructores de Auxerre pensaban «superar las obras pasadas», unos documentos muy curiosos... y de aquí arranca la idea de investigar la teoría sobre el progreso hu-

mano en la sociedad española del XVI. Y esto fue el año 51 ó 52, y el libro sale en el 66, y así sucesivamente.

Lo que pasa es que yo he estado trabajando en varios frentes, por así decir, y, si tú te fijas, todos tienen conexión. Entonces mis lecturas se han ido haciendo, yo tomaba notas y luego las iba distribuyendo en montones diferentes. Este para tal libro, éste para tal otro, éste para el otro. Y a la vez he ido fabricando. Por eso, de pronto, coincidía que se publicaban dos o tres libros casi en la misma fecha. En el año 72 creo que salen dos o tres títulos, pero lo que pasa es que estaban realmente hechos. Claro, esto es un esfuerzo de trabajo metódico.

—*Toda la vida has mantenido un régimen de trabajo bastante regular, ¿verdad?*

—Yo creo que sí. Es decir, creo que he partido siempre de un planteamiento artesanal, y creo que, como algún ilustrado dijo alguna vez: «trabajar es un contrato que se tiene con la sociedad». La idea de un «contrato social» aplicado a la idea de trabajar. Y yo lo he tomado un poco siempre así. Es decir, tenía que hacer una función y había que aceptar la función artesanalmente.

—*Un trabajo con el cual se goza.*

—Claro. He dicho alguna vez que yo me siento un hombre vocacional. Realmente a mí no me ha costado trabajar y ha sido un coste mínimo. Es más, con el transcurrir del tiempo, según cada uno, el coste es inmenso, pero en total yo he tenido una vida con goces indecibles, caudales de

ternura y de felicidad introducida por otras personas pero, claro, aún así, pues también he tenido peligros, necesidades y disgustos. Y, a veces, mi mujer que me ha visto decaído, o disgustado, triste, y me ha dicho: «Hombre, vamos a salir, vamos a dar un paseo, vamos al cine, vamos al teatro, o vamos a un concierto, o vamos...». Y he dicho: «No, no. Estoy demasiado preocupado, demasiado cargado, no, no, me ha afectado demasiado para una distracción así. No tengo más remedio que meterme en un cuarto y ponerme a trabajar». Me he puesto a trabajar y a la media hora se me ha olvidado.

—*Hay una reflexión de Montesquieu muy bonita en sus diarios, en su Spicilège, creo que dice: «Nunca he tenido un disgusto en mi vida que no se me haya podido pasar con dos horas seguidas de lectura».*

—Yo he hecho un poco esto. Sí. No conocía ese pasaje de Montesquieu, pero efectivamente yo he hecho esto.

—*Un tema que también quería que tocásemos es el problema de la difícil institucionalización aquí, la poca protección verdaderamente que hay en todo lo que sea la cultura y el trabajo intelectual.*

—Sí, eso es cierto, lo sabe todo el mundo. Yo he dicho con frecuencia, porque ahí sí traduzco una experiencia negativa del problema, que mientras que para la mayor parte de los occidentales el ser de su país es un apoyo, para el español el ser español es un obstáculo que tiene que vencer. En todo, desde el paso de la frontera misma. En el lado

extranjero resulta que eres más fácilmente recibido que en el lado español. Y no digamos respecto a los instrumentos de trabajo. He trabajado mucho más fácilmente en las Universidades y Bibliotecas de París, donde he tenido —y lo declaré una vez en una entrevista en *Le Nouvel Littéraire* que me hicieron en el año 52 ó 53—, he gozado de privilegios concedidos amistosamente, como pocos en el mundo han tenido. Y en América, en la Universidad de Minnesota, pues me ha bastado decir «quisiera estas reproducciones» para que, mientras charlaba un momento con el bibliotecario, al salir encontrarme que las tenía hechas y que me las regalaban. Y esto me ha pasado también en Harvard. Cosas increíbles, ¿verdad?

—*O sea, aquí imposible.*

—Aquí, la buena voluntad es indudable, pero hay dificultad de medios, fundamentalmente de medios administrativos. Aquí hay este tremendo caparazón, esta tremenda costra de la relación administrativa y de los requisitos administrativos, es una cosa que se convierte en lo principal y lo otro es como lo que es obvio. Y yo se lo dije a un funcionario de los que tienen como finalidad fiscalizar ciertas cosas: «Pero yo entiendo que la función administrativa es para que se realicen las cosas y que el éxito no está en conseguir impedir que se realicen, porque si de alguna manera está en el presupuesto y está en los programas del Estado, quiere decirse que están porque deben realizarse del todo. Y esa acción de usted no tiende a fomentarla, sino al contrario, usted cree y usted se queda muy satisfecho

de hacer lo posible para impedir que eso se realice».

—*Se podría decir que hay por lo menos en ese nivel, en un nivel administrativo, una auténtica desvalorización hacia lo cultural y hacia los trabajadores de la cultura, vamos.*

—Bueno, la hay y no la hay. La hay y al mismo tiempo hay, yo creo, hasta una insana y poco desproporcionada proyección social de cierto tipo de cultura y de escritor o de hombre de letras, y que por el solo hecho de serlo tiene una significación social que fuera no tiene. Por ejemplo, un buen profesor de Universidad americana socialmente pesa menos, y quizá es hasta menos conocido y sale menos en los periódicos, que el español, pero en cambio su labor es más conservada, más facilitada, más aprovechada y más auténticamente estimada. Porque aquí muchas veces lo que sucede es que ese peso no se da al que es un profesor, o un investigador, o un intelectual, o un escritor —en fin— de una calidad estimable, sino a aquél a quien, por una serie de razones, conviene echarle los focos sobre él. Y el manejo, la manipulación que aquí se hace de esto es contraproducente. Por eso, yo creo que, por un lado, pesa poco, en el sentido de que sinceramente y para aprovecharla y para seguirla y bajo la idea de que la cultura, la ciencia, la educación en general —en fin— la labor intelectual es acumulativa y debe seguirse, y lo que han dicho unos deben continuarlo otros, y esto otros, y así sucesivamente; esto no se da. Pero, en cambio, se da mucho el aprovechar a un grupo determinado, a unos hombres determinados para

adorno, para propaganda, para revestir determinados valores.

—*Se me ocurre que quizá eso tiene que ver también con la interiorización que los propios universitarios, en este caso, puesto que es el medio en que nos movemos, hacen de sí mismos, porque es muy curioso en este momento, por ejemplo, la mezcla que hay entre una pedantería absolutamente desproporcionada respecto a lo que algunos universitarios pueden hacer respecto a sí mismos, y por otro lado una desvalorización, una auto-desvalorización de la Universidad, no digamos en nuestra Facultad, que yo creo que es absolutamente injusto, porque la experiencia —que tú has vivido directamente—, es que, en un nivel de élite, desde luego, de un nivel de gente que trabaja y que está preparada, yo no creo que haya nada que envidiar a ningún universitario, profesor o investigador de fuera. Hablo naturalmente del terreno de las ciencias sociales que es lo que conozco. Por lo menos, las experiencias que yo he tenido en Francia y en Estados Unidos, Inglaterra lo conozco menos, pero amigos que han estado insisten en ello: un español está a la misma altura. Entonces se me ocurre si tiene que ver una cosa y otra, porque es curiosa la mezcla de sobrevaloración y desvalorización que hay también en nuestro nivel medio español.*

—Habría que partir de un dato categórico, un dato positivo y que está totalmente en el sentido de esa afirmación y de lo que puede ser la Universidad española. Hoy, merced a la multiplicación en términos verdaderamente incompares de la salida al extranje-

ro de jóvenes españoles, se ha producido el hecho de que muchos de ellos o se hayan quedado fuera o hayan permanecido muchos años fuera. Estos están ocupando puestos y están recibiendo una estimación en sus puestos universitarios como los mejores de dentro y como personas de la más excelente calidad. Es decir, que todo eso que se decía de la calidad del español, de la incapacidad del español, toda esa farsa, todo ese topicazo es, sobre todo, una última manifestación no de Américo Castro, claro está, sino del banal «americano-castrismo» que ha suscitado eso de los caracteres del español.

Estoy recordando que hace ya unos quince años, esa Asociación de la que tú eres miembro de la Junta, la Asociación de Mujeres Universitarias, en la calle Miguel Ángel, organizó unas Conferencias sobre la Universidad, conferencias que luego se publicaron; una de ellas me la encargaron a mí. Yo ahí decía que había que partir de lo que llamaba «la triple explosión» producida en relación con la Universidad. En primer lugar, la explosión demográfica: se había multiplicado por un número muy alto la cifra total de estudiantes. Cuando yo hice Derecho, en toda la Facultad de Derecho no llegábamos a 400 alumnos, y hoy deben ser, pues, 5.000 ó...

—*12.000 en Derecho en Madrid, creo, en la Complutense.*

—O 12.000, fíjate. Entonces éramos 80 ó 100 por curso, 120 —en fin—, 500 alumnos en total. Primero, la explosión demográfica. Segundo, lo que pudiéramos llamar la explosión del número de disciplinas, una clasificación

que se arrastraba durante casi siglos, por lo menos décadas y décadas, y de pronto cada una de esas disciplinas se ha convertido en una galaxia. Por ejemplo, Sociología. En 1920, decir Sociología era decir una disciplina determinada que estudiaba el fenómeno de la sociedad y que se llamaba Sociología. Fíjate tú hoy la de ramas que eso tiene. Política, pues antes había una cosa que se llamaba Derecho Político o Ciencia Política, como se quisiera, pero ahí estaba todo. Fíjate tú lo que es hoy el repertorio de los saberes políticos. En Historia no digamos. Pero a su vez, dentro de esas especialidades la explosión de problemas ha llegado a novedades realmente sorprendentes, que obligan a multiplicar las técnicas y multiplicar la instrumentación y el material disponible. Entonces, claro, es un grito de desafío para la Universidad. Es decir, si la Universidad no funciona es que no puede funcionar. Partamos de que la Universidad no puede funcionar, porque para responder al papel que le correspondería en la sociedad hace un siglo, pues lo que necesitaría hoy no hay ningún Estado que lo pueda afrontar. Al parecer ni siquiera los Estados Unidos. Así que Estados Unidos, como nosotros, tendríamos que renunciar a tener Universidades. Esta es la primera observación de la que, yo creo, hay que partir modestamente.

Entonces creo que hay que replantearse un poco la cuestión. Y efectivamente sí, en la Universidad hay muchos estudiantes que no cumplen con sus obligaciones de estudiantes. Hay muchos estudiantes que no merecerían estar en la Universidad. Hay otros que, bueno, qué se le va a hacer,

están en la Universidad, cumplen bien que mal, bueno, pero hay un grupo que es un grupo como no lo ha habido nunca. Y te digo esto, te lo digo con toda sinceridad porque yo, en mi época, pertencí al grupo más selecto de la Universidad. Te lo digo esto desde dentro y porque lo viví, era un núcleo pequeñísimo. Los que leían libros en la Universidad éramos muy pocos; dentro de la Facultad de Derecho, de esos 500 estudiantes yo no sé si llegaría a la docena los que leían libros.

—Ahora hay pocos también.

—No, muchos más. Muchos más no ya en proporción de la facilidad del libro de bolsillo, que ha aumentado, es decir, ahí ha habido un factor multiplicador importante, que ha incrementado mucho la proporción aritmética que correspondería al número de alumnos. Porque tú fíjate hasta qué extremo era antes la penuria, que yo he comprado en carritos de la calle San Bernardo —como te he dicho alguna vez— las obras de Eugenio D'Ors, las obras de Baroja, las obras de Azorín, las obras de Valle Inclán. Esto que ahora tanto se venden, bueno entonces se podían comprar por una peseta en carritos en la calle San Bernardo, en la Gran Vía, por Callao, y lo comprábamos unos pocos.

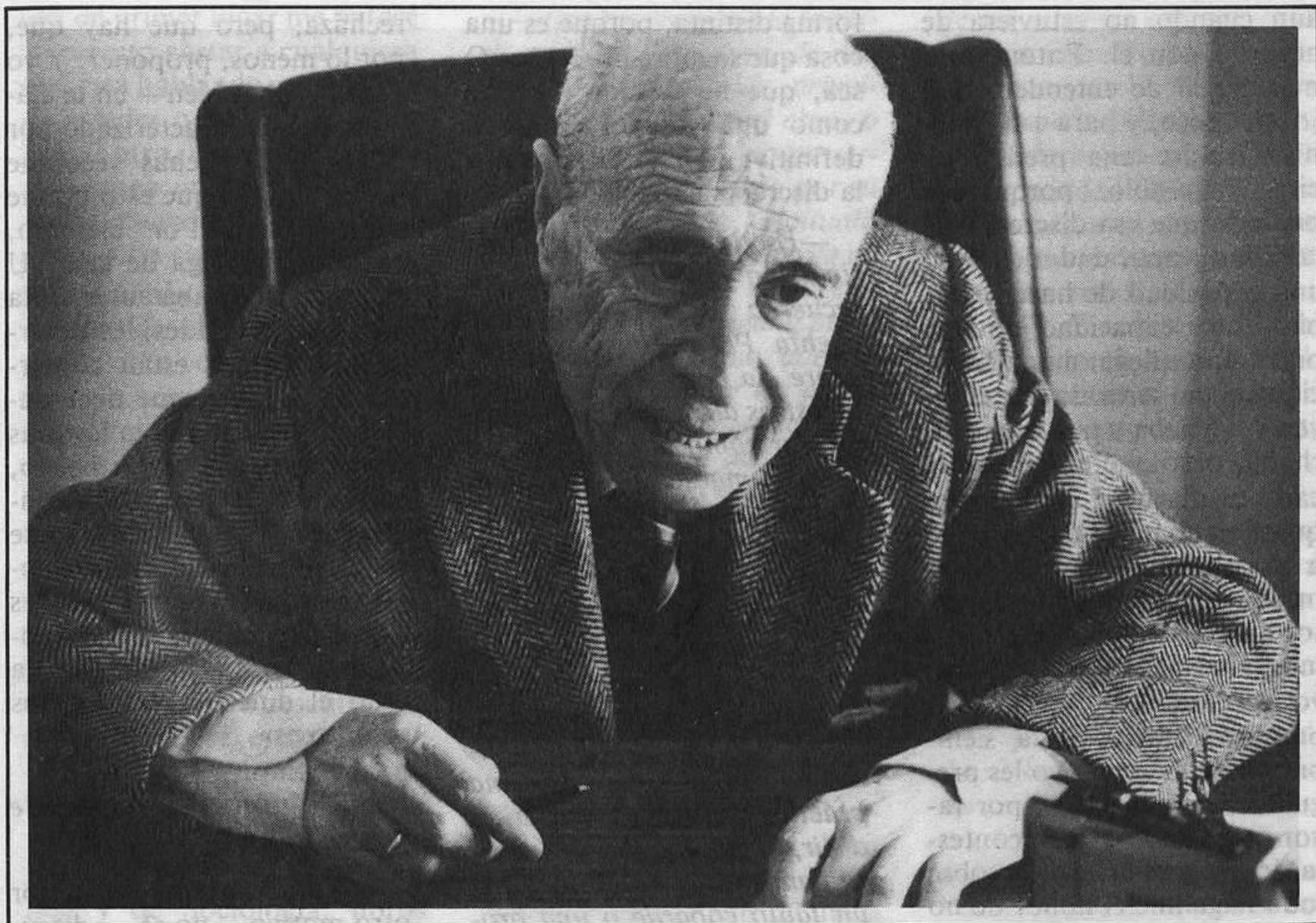
Recuerdo —y lo recuerdo como si fuera ahora— en un momento así, comprando uno de estos libros nos conocimos, porque pertenecíamos a cursos diferentes aunque éramos de la misma edad, Díez del Corral y yo.

—Así empezó una amistad.

—Así empezó una amistad. Y claro, fíjate el cambio ahora. En fin, yo tuve un expediente que creo que era un buen expediente, y luego además, inmediatamente, unas semanas antes de terminar la carrera es cuando yo publico el primer artículo en *El Sol*, y yo no tuve jamás, ni he tenido jamás en mi vida una beca, ni ninguna ayuda del Estado, e incluyo los años de la República en esto, jamás. En cambio ahora, pues quizá porque hay más medios, porque hay más gente y, por lo tanto, hay mayor ámbito en el cual seleccionar, hay un grupo de gentes estupendas. Yo todos estos años, desde el año 60, o mejor desde el 56, cuando empezaron los disturbios, hasta que he terminado, todos los años, he tenido un grupo excelente. Me ha costado unas cuantas semanas —en fin—, pero al final me he encontrado con un grupo fenomenal, hasta el extremo de que mi experiencia —y mi mujer te lo podrá confirmar— es que muchas veces o porque nos hayamos acostado tarde, porque había estado toda la tarde trabajando, o sencillamente charlando, a veces con mis hijos, me gustaba charlar, a lo mejor me acostaba a las tantas de la mañana charlando, pues me levantaba —yo tenía la clase pronto, a las nueve— e iba cansado, e incluso con cierto peso encima. Salía de la clase rejuvenecido. Para mí la clase me ha servido durante los 20 años últimos como una especie de dosis vitamínica.

—Eso dice mucho a favor de tu juventud...

—Entonces, mi teoría es, lisa y llanamente, que hay que cortar. Es decir, en un mo-



mento dado la Universidad en el siglo XIII, cuando empiezan las Universidades, hasta el siglo XVIII y XIX (bueno, en Inglaterra hay restos— como tú sabes— tradicionales, pero nada más que tradicionales aparentes, con todo lo que se llama tradicional en Inglaterra, que es un adorno, que es un cosa externa, nada más), desde el Bachillerto hasta el Doctorado todo está junto en la Universidad y en un momento dado la Universidad se desprende de lo que pasa a ser la enseñanza media y se queda con la parte más pequeña de la enseñanza superior. Yo creo que hoy estamos ante una estructura social y una estructura de conocimientos que va a obligar a la Universidad a cambiar, es decir, a un corte que deje de un lado la Universidad, si se la sigue llamando así —me parece un nombre venerable y

muy simpático, que para mí está lleno de resonancias afectivas—, que se quede con la parte de la enseñanza superior, otro que se quede una especie de enseñanza intermedia alta, otro de enseñanza intermedia baja, y luego la enseñanza general básica.

—O sea, que se iría a la creación de post-graduados de estudios universitarios.

—Esto es. Hay que ir a una especie de estudios universitarios que sean seguidos por graduados. Que es la problemática de toda esta finalidad en que están las Universidades americanas.

—Y hablando de buenos profesores y de estudiantes, quisiera recoger, aunque ya hablamos en algún momento de ello, que tú te has llevado siempre muy bien con los jó-

venes, por lo menos con cierto grupo de jóvenes. Yo creo que una de tus influencias mayores, por lo menos en todos los que hemos sido discípulos tuyos, no simplemente alumnos, sino discípulos y amigos, es que has sabido infundir eso que alguien ha llamado el «valor en sí mismo», que es una manera de orden y de crear un nomos en el interior de las gentes, es muy importante. Y siempre, incluso en los años más difíciles, has comprendido la postura de los estudiantes.

—Bueno, yo no puedo decir que sea un hombre de naturaleza —en fin— un *outsider*, no precisamente pero sí he tenido siempre una gran simpatía por eso mismo de la utopía de que hablábamos, por la discrepancia. Es decir, para mí el discrepante siempre ha contado con mi simpatía

aun cuando no estuviera de acuerdo con él. Entonces lo más difícil de entender en el joven es eso, y para eso yo tenía siempre una predisposición favorable, porque he pensado que esa discrepancia era una capacidad de vivir, una capacidad de hacer cambiar, una capacidad de que pudiéramos llegar a una situación que no sería esa que el joven anunciaba y por la que luchaba, pero que en cualquier caso ayudaría a erosionar y quizá en el mejor de los casos a derribar, como en algún momento y en algunos aspectos ha sido así, lo que estábamos viviendo. Por lo tanto, yo recuerdo que desde mis primeros cursos decía siempre: «Si alguna vez yo les pregunto a ustedes algo, por favor no se esfuercen en contestar lo que yo he dicho, y sobre todo háganme el honor de no contestar lo que yo he dicho si no lo creen así, porque si alguien dice una cosa contraria a la que yo he dicho, sólo que, eso sí, con un mínimo de esfuerzo en decirlo razonablemente y razonadamente, para mí tendrá una puntuación doble, porque me es mucho más simpático y además me ayuda mucho más, porque a mí lo que me interesa es lo que me diga el otro, lo que diga el otro para hacerme cuestión de ello. Porque ustedes, sin darse cuenta incluso, y es una cosa que he practicado mucho, están mirando cuando yo hablo, de modo que en esa atención, en esa mirada, yo leo si les está pareciendo bien, si no está pareciendo bien, si les irrita incluso lo que digo, o si les aburre, y para mí es una colaboración riquísima, porque tengan ustedes la seguridad de que ese papelito, que en ese momento he leído o esa nota, al año siguiente irá de

forma distinta, porque es una cosa que siempre procuro». O sea, que he tratado siempre como una colaboración, en definitiva, con la diferencia y la discrepancia del alumno.

—*Eso tan hermoso de la estimación y la discrepancia me recuerda una historia que cuenta Peter Handke, creo, sobre la nostalgia de dos maestras alemanas por no poder ser como habían sido sus propios maestros, «apasionadamente severos» y se preguntan con cierto desconcierto si el exceso de tolerancia que prodigan a los niños, ese dejarles pasar por todo, no llevarles nunca la contraria, no forzarles a cumplir las obligaciones con una cierta disciplina, no será algo más que una práctica pedagógica nueva, es decir, si no encubrirá un extrañamiento, una comodidad un tanto cobarde o una profunda indiferencia hacia esos pequeños seres ajenos. Siempre ha pensado que tú y el pequeño grupo que hemos conocido de vuestra generación —Díez del Corral, por ejemplo, que antes mencionábamos— habéis sido, felizmente para muchos de nosotros, «apasionadamente severos».*

—Yo diría que discrepantemente tolerante, yo creo efectivamente en esto. No sólo tolerancia, sino tolerancia viva. Yo la tolerancia de decir: Bueno, pues todo vale, todo da lo mismo y sirve para algo, pues no, no lo creo, porque todo en el mundo tiene unas configuraciones.

—*Y una necesidad de límites, o de reglas del juego. Si todo fuera posible, nada sería posible.*

—Claro, una necesidad de límites y el moldeamiento que se acepta o no, se recoge o se

rechaza, pero que hay que, por lo menos, proponer. Y yo —tú lo sabes bien— en la clase no me he caracterizado por callarme y muchas veces he hecho constar que esto no me parece bien. Por ejemplo, cuando la huelga de la LAU primera, que daba autonomía a las Universidades, les advertí: «Si ustedes están convirtiendo la LAU, que tiene defectos, pero que es la ley más progresista que se ha hecho, en el foco de atención y contestación, están sin darse cuenta encubriendo otras cosas, porque mientras ustedes hacen esto va a pasar sin oposición ninguna la ley que da todo el dinero a los centros ortodoxos».

—*Como efectivamente ocurrió.*

—Recuerdo otra vez, por otro motivo —no sé—, discutimos fuerte, y hubo un muchacho que seriamente me dijo: «Bueno, que conste que el que nos diga usted esas cosas, lo toleramos porque es usted el señor Maravall». Y le dije: «Hombre, pues muchas gracias. Me ha hecho usted un homenaje que —en fin— me dan ganas de darle un abrazo, porque efectivamente es eso lo que intento, es decir, yo no trato de engañarles. Yo les doy a ustedes mi opinión; ahora, yo lo que no trataré nunca es de imponerles mi opinión, ni imponerles un castigo, ni de hacerles perder el curso o la carrera, o rebajar lo más mínimo una nota que yo estime porque ustedes hayan dicho una cosa diferente en cualquier orden que sea. Ahora, dentro de que sea algo razonable, de verdad. Pasa, por ejemplo, como con las preguntas. Yo no acepto que vengan ustedes aquí a levantarse sin más a hacer pregun-

tas; en primer lugar me parece incorrecto cortar a cualquiera que está hablando, cualquiera de ustedes o yo, y ponerse a hablar otro, hay que esperar a que venga un momento adecuado, cuando termine un párrafo o de exponer una cosa. Pero además, yo me reservo el derecho de decir: Esto corresponde o no corresponde al tema, me reservo el derecho a discutir con ustedes si corresponde o no corresponde al tema. Y, además, me reservo otro derecho que es el derecho a decir si lo puedo o no puedo contestar en el momento, porque yo no vengo aquí a jugar a discípulo de televisión, yo vengo con la cara descubierta, es decir, yo sé esto y no sé otras cosas. Cualquiera de ustedes que está en 4.º curso de carrera, que ha leído muchos libros de Política, de Economía y de Sociología, libros que yo incluso pues ya me es difícil de leer, y casi hasta de conocer que existen, pues sinceramente cualquiera de ustedes puede salir, ir a la primera librería, venirse con un libro del cual yo no tengo idea y a mí hacerme unas preguntas que estén ahí y que yo no conozca; de manera que eso es facilísimo. Dejar a un profesor "pegado", si es un profesor sincero, es facilísimo; si es insincero les saldrá a ustedes por cualquier tontería de éstas y se acabó, pero yo voy a ser sincero y, por lo tanto, yo me reservo el derecho, ante cualquier pregunta que ustedes me hagan, a pedirles que me la hagan por escrito y yo guardármela, y al día siguiente o al otro, cuando lo haya encontrado ya, lo haya resuelto, venir aquí y decirle, pues mire usted de aquella cosa que usted me preguntó, le cuento que yo pienso, lo que yo he visto, etc.».

—*Eso me recuerda la famosa anécdota de uno de los grandes alemanes de principios de siglo, Husserl creo, o quizá Max Scheler, no recuerdo ahora, que, famoso por su rigor en las clases, puntualidad, etc., faltó un solo día en su vida a dar clase, no sin antes poner una nota en la puerta del aula en la que, además de disculparse ante los alumnos, explicaba que en conciencia no podía dar la clase porque él mismo no había llegado a la claridad de mente mínimamente necesaria respecto al problema filosófico que tocaba dilucidar. Hay que ser bastante grande para esto, ¿no?*

—Indudablemente. Eso es. Yo he llegado siempre a establecer una relación lo más razonable posible con los alumnos, porque incluso he dicho siempre: en este país mi única preocupación es conseguir que los estudiantes un día sean seres perfectamente razonables, porque a lo largo de nuestra historia es esto lo que falta. En este país hay valientes, hay osados tremendos, hay cobardes, hay miserables y hay toda una fauna muy variada, pero lo que hay muy poco son gentes razonables. Y eso es lo que yo trataría y quisiera que en la Universidad se procurase hacer. Es a lo que yo les incitaría a ustedes, a procurar ser razonables y mantener razonablemente su posición cada uno, pero que el ser razonable no quiere decir que piense usted lo que yo, sino que podamos discutirlo civilizadamente. Y creo que he tenido siempre una buena ventaja para entenderme con los estudiantes, aparte de ustedes, es decir, siempre he tenido un grupo con ustedes excepcional, y además de eso he tenido la gran ventaja

de mi relación con mis hijos, que ha sido siempre excelente un poco por lo mismo, porque yo no hubiera sido nada si no hubiera sido por mi mujer —y la verdad es que casi no soy más que un pretexto para que mi mujer haya podido desarrollar todo su valor humano—. Y con mis hijos hemos tenido siempre una relación muy buena. Yo recuerdo muchas veces, ahí sentados hemos estado hasta las tres de la mañana hablando y discutiendo; a veces discutiendo con mucho calor, generalmente con un gran cariño y divirtiéndonos mucho y pasándolo bien, pero otras veces con mucha fuerza, con mucho acaloramiento: Y yo decía: No, no, vamos a ver —a veces incluso cuando todavía eran pequeños—, aquí vamos a distribuir los papeles de forma distinta a como están cronológicamente y por ley distribuidos. De modo que yo aquí soy el que recibo de vosotros, porque vosotros tenéis una educación, podéis ver cosas que yo no veo, porque el mundo ha cambiado mucho en estos momentos y yo no estoy tan seguro de estar en la línea de cambio, y a mí me corresponde escucharos y deciros lo que en otro tiempo se podría pensar acerca de esas cosas. Y así discutíamos muchas veces. Y entonces yo esto lo he visto, por ejemplo, con algún compañero, he visto que sí, que muchas veces ha habido cosas molestas con los estudiantes, y cosas que, claro, uno está predispuesto a otros modos y tal..., pero nunca me ha provocado antipatía ni odio, porque siempre he tenido delante a mis hijos, y siempre he visto en los estudiantes los que eran como mis hijos, que estaban y tenían los problemas y las complicacio-

nes y las dificultades y quizá las confusiones que tenían mis hijos y, por lo tanto, pues claro, no te iba a decir que los quería como a mis hijos, ¿verdad?, indudablemente, pero lo que era imposible para mí era tomar odio a esto, porque era imposible si era lo que tenía en casa, con un poco más o un poco menos de educación, con un poco más o menos de aspereza, quizá con un poco más o menos a veces de facilidad, porque mis hijos no te creas tú que eran aduladores y blandos.

—No, no. Los conozco muy bien.

—Ha sido muy fácil por eso, porque ha seguido el diálogo, en mi casa, y por eso se me ha dado tantas veces de verme a preguntar jóvenes: ¿Qué le parece esto? Incluso preguntas de tipo personal, incluso me ha pasado en el Ministerio con funcionarios y funcionarias jóvenes, sobre todo con funcionarias, porque yo me llevaba muy bien con las chicas. Sin duda. Una vez Rof Carballo —he comido con él tres o cuatro veces, una de las últimas veces estaba co-

miendo con ocho o diez amigos, y habíamos hablado—. Y se volvió a mí y me dijo: «Tú debes haber sido una persona que debes haber tenido una especial suerte, un especial favor, no de malcrianza, sino de favor, de facilidad de entenderte con las mujeres a tu alrededor. Tú fíjate, has debido tener alrededor un ambiente de mujeres muy favorable y muy cerca de ti —en fin— muy que te han entendido, y que tú has entendido». Digo: «Pues es curioso, no había caído en ello, pero ahora que lo dices, pues sí, sí». Todas —en fin— pues mi madre, las hermanas de mi madre, mi tía-abuela, las criadas que hubo en casa —en fin— nunca he tenido un problema con mi mujer.

—Estarías entonces muy de acuerdo con lo que decía el otro día mi Decano que creía que la Universidad sólo volverá a funcionar cuando haya por lo menos un 25 % de mujeres que estén plenamente incorporadas en puestos responsables.

—Por supuesto, y en este país especialmente. Este país no tiene más solución que la promoción de la mujer. Por-

que vas a donde hay mujeres y resuelven las cosas mucho mejor. En todas partes te entiendes mucho mejor con las mujeres que con los hombres, porque los hombres o son pretenciosos algunas veces o vagos o desconsiderados (en fin, siempre te puedes encontrar con alguna vendedora de grandes almacenes que no es que sea un modelo de comunicabilidad), pero, en general, quitando excepciones, tratar con mujeres y con mujeres inteligentes, es muchísimo mejor, muchísimo mejor.

—Bueno, pues ya sólo agradecerte todas estas sesiones. Has sido de una generosidad increíble.

—Yo a ti.

—Tú sobre todo. Y espero que se cumpla eso que dice García Márquez que las entrevistas sólo salen bien cuando las dos personas se quieren y cuando quedan no unas preguntas y respuestas, sino un buen recuerdo.

—Pues entonces, nosotros tenemos para recordar un rato largo.

—Muchas gracias.